



Cuando el bullying deja de ser 'escolar': Una radiografía incómoda de nuestra convivencia social

■ **Anyvic Aguilera Cruz**, abogada sanfelipeña experta en Derecho Educacional y Convivencia escolar. Socia Fundadora de Consultora 3 Raíces: el arte de conectar.

Cada 2 de mayo, el calendario nos invita a detenernos y nombrar una realidad que incomoda... El *bullying* y el acoso. Sin embargo, persiste una idea profundamente instalada y peligrosamente simplista, de que se trata de un fenómeno estrictamente escolar. Como si comenzara y terminara en el aula. Como si fuera una etapa. Como si bastara con protocolos educativos para erradicarlo.

Nada más lejos de la realidad. El *bullying* no es un problema del sistema escolar exclusivamente, es una expresión del sistema social. La escuela no crea el acoso; lo refleja, lo amplifica y, en ocasiones, lo normaliza. Lo que vemos en patios y salas de clases es el eco de una cultura que suele legitimar en ocasiones la humillación como forma de vínculo, que premia la dominación y que trivializa la violencia cotidiana. Niños, niñas y adolescentes no inventan estas conductas, las aprenden, las observan y las replican.

El *bullying*, en su esencia, es una dinámica de poder. Surge cuando una diferencia de apariencia, origen, rendimiento, identidad o carácter se transforma en motivo de exclusión o agresión sistemática. Pero esa lógica no es exclusiva del entorno escolar, está presente en espacios laborales, en redes sociales y en familias.

¿De verdad podemos sorprendernos de que exista

acoso escolar en una sociedad donde el descrédito, la burla y la descalificación son herramientas frecuentes de interacción?

Uno de los mayores errores en la comprensión del *bullying* ha sido reducirlo a episodios aislados entre estudiantes. Esta mirada fragmentada invisibiliza su carácter estructural y dificulta una intervención efectiva. No se trata solo de 'detener al agresor' o 'proteger a la víctima', sino de cuestionar las condiciones culturales que permiten que estas dinámicas prosperen.

Porque el *bullying* no surge de la nada. Se gesta en silencios cómplices, en risas normalizadas, en la ausencia de límites claros y en la falta de una educación emocional sólida. Se sostiene cuando los adultos minimizan ('son cosas de niños'), cuando las instituciones reaccionan tarde o cuando la normativa se aplica de manera meramente formal, sin comprensión profunda del fenómeno.

Y aquí emerge una tensión clave... hemos avanzado en regulación, pero aún estamos al debe en comprensión e implementaciones de cambio efectivo. El desafío no es solo normativo, es cultural.

Desde el ámbito del derecho educacional, la convivencia escolar se ha consolidado como un eje fundamental en la formación integral. Sin embargo, lo usual es que se actúe cuando el daño ya está hecho, cuando la denuncia emerge o cuando la crisis estalla. Pero el *bullying* no se resuelve en la sanción únicamente, se transforma en la cultura.

Esto implica un cambio de

paradigma. Comprender que la convivencia no es un 'componente' del sistema educativo, sino su base. Que no basta con protocolos escritos, sino que se requiere coherencia institucional, formación docente, liderazgo directivo y participación activa de las comunidades. Pero, sobre todo, implica asumir una responsabilidad colectiva.

El *bullying* no es un problema 'de otros'. Es un espejo. Nos interpela como sociedad cuando ridiculizamos en redes sociales, cuando toleramos discursos agresivos, cuando reproducimos estereotipos o cuando elegimos callar por sobre detener esas agresiones silenciosas. Cada acto cotidiano contribuye, para bien o para mal, a la construcción de una cultura de convivencia.

Por eso, este 2 de mayo no debería ser solo una fecha conmemorativa. Debería ser una oportunidad incómoda. Una invitación a mirar más allá del aula y preguntarnos: ¿qué estamos enseñando explícita e implícitamente sobre cómo relacionarnos?

Erradicar el *bullying* no es una meta ingenua. Es una tarea compleja que exige coherencia entre lo que decimos y lo que hacemos, entre lo que enseñamos y lo que toleramos.

La escuela puede ser un espacio de transformación. Pero no puede hacerlo sola. Si queremos comunidades educativas libres de violencia, necesitamos una sociedad que deje de normalizarla. Y ese cambio comienza mucho antes de que suene la campana de entrada.